

BASES PARA UNA CONVIVENCIA  
UNIVERSITARIA

RAMÓN TRÍAS FARGAS

## I

### *Hay que hacer viable la Universidad*

En la Universidad conviven muchas clases de personas. Tres grupos me parecen fácilmente identificables. Se trata, en un caso, de los que de alguna manera aportan los dineros necesarios. No importa mucho que estos recursos provengan del sector público o del sector privado. Para entendernos, designo a este grupo como a los mecenas. Otro grupo lo integran los jóvenes, que no necesitan de mayores definiciones. Por último, deseo destacar a los que yo llamo docentes. Me gustaría definirlos como unos estudiosos que ya no son tan jóvenes. Entre el primero y el segundo grupo estamos presenciando desde hace tiempo una guerra abierta. El tercer grupo, en un mar de confusiones, no acierta a tomar una posición integral coherente. No es exagerado afirmar que este estado de cosas pone en peligro la existencia misma de la Universidad.

Ciertamente, la Universidad no ocupa el puesto preeminente que nadie le discutió en el siglo XIX. Somos conscientes de sus limitaciones. Con todo, a mi juicio, es preciso salvar la Universidad. Para ello hay que examinar a fondo las cuestiones planteadas a fin de que los grupos interesados puedan llegar a entenderse para operar. La Universidad se salvará desde dentro o no se salvará.

Por ello me permito someter unas bases de actuación para cada uno de los tres grupos que constituyen la Universidad. Obsérvese que no entro en ninguna técnica pedagógica ni en ninguna fórmula administrativa, aunque a veces resulte imprescindible referirse a alguna de ellas. En realidad quisiera proponer actitudes mentales abstractas capaces de servir de base a soluciones concretas a obtener mediante negociación posterior entre los tres grupos afectados.

## II

### *A los mecenas*

En cuanto esta designación tiene un matiz agradecido no me parece la más adecuada en la época en que todo son derechos, y toda generosidad es un signo de paternalismo. Seguramente HORACIO se levantaría airado contra

esta interpretación de sus relaciones con Cayo CILNIO MECENAS. Confieso que el tema me atrae pero que no es la ocasión de profundizarlo. De momento me limito a afirmar que la palabra me sirve porque es clara: indica a los que pagan el coste de la actividad intelectual sin una compensación directa equivalente divisible, identificable y atribuible singularmente, sin especificar si pertenecen al sector público o al privado, ni lo que les lleva a pagar. A ellos dedico especialmente este epígrafe.

1. *Libros, laboratorios, instrumentos.* Un requisito material ineludible de la actividad intelectual es la presencia ilimitada de información impresa. (Entiéndase incluida en esta argumentación la defensa de todos los instrumentos de trabajo que la investigación moderna exige.) Dicho de otro modo, ningún Centro de Estudios progresará en ninguno de sus objetivos naturales sin una biblioteca adecuada. No es que eso de los libros haya pasado siempre tan indiscutido. Desde los familiares de Alonso QUIJANO hasta el Nacionalsocialismo, pasando por la Inquisición, la quema de libros ha estado al orden del día. No recuerdo qué destacado filósofo inglés del siglo pasado se quejaba del exceso de libros que se escribían. DESCARTES leía muy poco y propiamente no tenía una biblioteca digna de ese nombre.

En cambio, hace más de cuatrocientos años Desiderio ERASMO (*De Ratione Studiis*) propugnaba la lectura como instrumento de enseñanza mucho más eficaz que la memoria y la gramática. Desde entonces, la tendencia se ha confirmado. Hoy en día, el que quiera pensar de nuevo partiendo de cero, cuando menos perderá un tiempo irrecuperable. Sin lecturas — incluso rehuendo el camino remansado y serpenteante del autodidacta — el empeño investigador se hace aún más difícil de lo que ya es de por sí. No es de extrañar entonces que para Paul VALÉRY el hecho de leer sea un acontecimiento capital en la vida del hombre, que sólo cede precedencia al momento en que abrimos la vista al mundo y a aquel otro en que echamos a andar sobre dos extremidades. A medida que la ciencia y la técnica ahondan y se extienden, la lectura se hace más imprescindible. Sin imaginación no se puede crear. Pero hoy en día la imaginación si ha de crear no puede improvisar. Cualquier especialista de nuestros días sabe que sin la bibliografía necesaria es imposible moverse intelectualmente. Pero, sabe también, que la proliferación de publicaciones es tal que, so pena de una selección y eliminación adecuadas, la inversión de tiempo resulta a todas luces excesiva. La discriminación intelectual, la educación del paladar espiritual, se hacen imprescindibles. Al mismo tiempo, el otro peligro de la lectura resulta de la posibilidad de que ésta se convierta en un fin en sí misma. La erudición pasa a ser una especialidad que por el solo hecho de representar un esfuerzo justifica — para muchos — una posición profesional. Pues bien, la lectura puede ser también un elemento castrador de la creación mental. La opinión de los demás puede limitar nuestras propias posibilidades. BACON (*"Of Studies"* en *Ensayos*) advertía que había que leer, "no para contradecir ni refutar", ni tampoco para "creer ni aceptar", sino para "considerar sopesando". Algunos libros — decía — son para ser "degustados", otros para ser "tragados" y unos pocos para ser "leídos y digeridos". Desgraciadamente, la

producción intelectual ha sido, es y será, desigual, por cuyo motivo unos libros (según BACON, "Of Studies" en *Ensayos*) son para ser leídos parcialmente; otros, para ser leídos sin demasiada curiosidad y algunos, para que se lean enteros, con diligencia y atención. Esto era así hace trescientos años y seguirá siéndolo en el futuro.

O sea, que el Centro de Estudios debe disponer de los libros necesarios —y no otros— así como de los laboratorios, equipos y personal auxiliar que haga falta. La lección de lo dicho es que antes de invertir en ningún elemento auxiliar de todo estudio o investigación hay que sopesar, escoger y planificar. Los mecenas deben resignarse a la idea de que la enseñanza superior moderna es siempre muy cara y pueden consolarse pensando que también aquí es posible determinar el empleo óptimo de los recursos.

2. *El intelectual debe poderse despreocupar del dinero.* La vocación intelectual es como una llamada incontenible que hace fáciles todos los sacrificios. FARADAY fue un hombre famoso en su tiempo que pudo haberse hecho millonario con la aplicación industrial de sus descubrimientos. Deliberadamente renunció a ello para dedicarse a la ciencia pura. Le puso condiciones incluso a Lord MELBOURNE cuando éste le ofreció una pensión del gobierno británico. DESCARTES, abandonó París durante veinte años para que sus relaciones sociales no perturbaran sus trabajos. No es que yo venga a hacer una apología de la austeridad. Y menos en la época de la sociedad opulenta. Al contrario. El científico debe ser capaz de escoger entre distintos usos de su tiempo, sacrificando los unos a la prosecución de la ciencia. Es cierto. Pero, la preocupación económica, la inseguridad y la penuria son, a pesar de toda vocación, un obstáculo— hoy en día innecesario —a la libre formulación del pensamiento. En pocos momentos acudirán a nuestra memoria una serie de nombres de investigadores ilustres a los que se les facilitó el pensar y el escribir por estar libres de apremios económicos. BOYLE, BAGEHOT, THOMAS ELYOT, DARWIN, el mismo DESCARTES, eran hombres de medios que pudieron aislarse del mundo para seguir su inclinación intelectual. Otros, como RICARDO, ganaron dinero con el que compraron su tiempo y su independencia. Claro que muchos hombres eminentes tuvieron que luchar con agobios materiales. Pero como no se trata de imponer una carrera de obstáculos al pensamiento, sino todo lo contrario, ello prueba tan sólo que, en momentos de cierta abundancia material, es preciso dar al intelectual aquella despreocupación del dinero conducente al desarrollo de la actividad intelectual. Esto es lo que, así sea durante un período limitado de tiempo, deben asegurar ante todo los Centros de Estudios a sus colaboradores científicos. Este apoyo debe llegar con plena autonomía y libertad para el beneficiario si se quiere que no sea una ayuda contraproducente que un científico serio no podría aceptar.

O sea, que la Universidad española debe empezar a conformarse con la idea de pagar remuneraciones aceptables.

3. *Ni el dinero, ni nadie tienen derecho a coartar la libertad de pensamiento.* De una manera deliberada he reservado para el final de este epí-

grafe lo que me parece más importante en el orden de los prerequisites materiales para el desarrollo de la actividad intelectual. Me refiero a la libertad individual para pensar y comunicar el pensamiento. Sobre esto volveremos para examinar el uso que de la libertad hacen los jóvenes de hoy. Pero, en este momento interesa hablar de libertad en relación con los mecenas, o sea, en su lucha secular con la ortodoxia y con el poder establecido. Para ésta todavía no está claro que la libertad espiritual y, por ende, el progreso de la humanidad, dependen, ante todo y sobre todo, de la libertad personal. Algo, pues, hay que decir sobre este aspecto de la cuestión.

Hay muchas maneras de demostrar que el hombre sin libertad no es nada. *Cogito, ergo sum*. Si el hombre no existe fuera del pensamiento y éste es lo más íntimo, propio y en definitiva libre de interferencia de todas nuestras posesiones o mejor de todas las partes esencialmente constitutivas de nuestro yo, no parece fácil dudar de que el hombre es, por su esencia, libre. No creo que ninguna doctrina política, que ninguna creencia religiosa, en el curso de la historia de la humanidad se haya atrevido a postular la esclavitud del hombre, ni que su estado natural no fuese esencialmente el de la libertad. Esto es así mucho antes y mucho después de las pláticas de la Ilustración francesa y del siglo XVIII inglés, con su más conocida teoría del hombre libre en estado de "naturaleza". La especial postura de ARISTÓTELES en defensa de la esclavitud, es una simple justificación de una estructura social y no la afirmación de una vocación humana intrínseca. Sería, pues, fácil llenar muchas páginas citando nombres de personas ilustres en todos los campos de la ciencia y de la filosofía, en la práctica de todas las tendencias religiosas, en representación de todas las opiniones políticas, en todos los países y en todos los tiempos, que han insistido en que el hombre, para ser hombre, debe ser libre. El hombre es el único mamífero que piensa y esto por definición le hace libre ya que el pensamiento no se puede reglamentar. De esta base única deriva la grandeza y el milagro del hombre. SÓFOCLES, en *Antígona*, pronuncia estos versos solemnes:

Son sin límites las maravillas del mundo  
pero ninguna más maravillosa que el hombre. La mar gris en el temporal  
cede a sus manos y las crestas de las olas inmensas lo levantan a lo alto...  
el león en el monte, el corcel salvaje con la crin al viento  
se amansan ante su presencia y su esquinado yugo ha roto  
los poderosos hombros del toro indómito.  
La palabra también y el pensamiento más rápido que el viento  
se amoldan a su servicio...

Si la visión del poeta es cierta — y si no lo es ¡quién de nosotros no desearía que lo fuera! — ¿por qué renunciaríamos a todo ello? La verdad es que hasta ahora ningún hombre se ha atrevido a proponerlo. Es cierto que algunas teorías simplistas han querido negar la libertad de unos hombres en beneficio de la mayor libertad de otros: los que mandan. (Citemos los distintos fascismos y la etapa estalinista en Rusia para recordar lo peor.) Pero todo esto son anomalías. Cuando los revolucionarios rusos

hablaban de dictadura del proletariado proponían una etapa de coacción transitoria sin más objetivo que asegurar la sociedad ideal, el comunismo, en el que el Estado resultaría innecesario y seríamos todos, por fin, auténticamente libres. Esta aspiración final de libertad suprema era también la ilusión última de Carlos MARX. Para él, el socialismo sería "el imperio de la libertad". Parece pues, que en principio, todos estamos de acuerdo.

Las cosas se ponen difíciles cuando este pensamiento libre que nos confiere figura humana, pretende exteriorizarse mediante la acción consciente. En ese momento es cuando nos podemos encontrar coaccionados por la libertad de otros: de los que quieren y saben imponer su voluntad. De los que mandan más que nosotros. En cada momento histórico y en cada país, son las instituciones vigentes las que permiten un grado mayor o menor de expresión externa de la libertad individual. La Inquisición fue, sin duda, una institución represiva, por lo menos en términos generales, de la libertad humana. Etapas importantes del clasicismo griego fueron oportunas para el pensamiento libre. La opresión de unos ha sido siempre porque los opresores querían ser más libres que nunca y nadie. Estos opresores eran gente que buscaba disfrutar sin trabas del ejercicio externo de su voluntad. No hay que olvidar que el poder es la libertad total para el poderoso. Quiero decir que la libertad es deseada incluso cuando es negada.

Todo esto es más bien conocido. Pero, en relación con lo que aquí nos interesa, conviene tener presente que la libertad individual para dar todo su fruto debe ser general y ha de poder ser manifestada externamente. No basta que exista como una especie de satisfacción interna, íntima y casi clandestina de la conciencia individual, o que pueda ser exteriorizada sólo para el uso de una pequeña minoría, de una aristocracia del espíritu. Que la libertad esté al alcance de todos con derecho a manifestarse externamente sin trabas, no es sólo una necesidad psíquica de cada uno de nosotros. Es, además, una condición *sine qua non* del progreso espiritual y material de la especie humana.

De la libertad de pensamiento y de la correlativa cultura griega, todavía hoy nos nutrimos. (Sin caer en el error erasmiano, tan en boga, incluso hoy, en ciertas Universidades, de creer que la literatura greco-latina contiene todos los conocimientos vitales.) En cambio, volvamos la vista atrás para reproducir los momentos en que GALILEO demostraba que COPÉRNICO tenía razón, que no giraba el sol sobre la tierra sino al revés; que los planetas no seguían su trayectoria suspendidos de una especie de esferas de cristal, y el Santo Oficio le incoó proceso (1633), lo condenó como hereje, le rechazó "oficialmente" sus tesis, y el reo no acabó con sus huesos en la cárcel porque estaba viejo y enfermo, y con la ayuda de unos amigos poderosos consiguió morir en la cama. En una de sus cartas, este gran pensador, al margen de la política pero no de la libertad, decía sin disimular su amargura: "Comparecí ante un tribunal que sin más delito que usar la razón, me declaró hereje".

El hecho significativo es que si el criterio del papa URBANO VIII y de sus asesores se hubiese impuesto en todo el mundo integralmente, en estos

momentos no habríamos pisado la luna ni sería posible todo lo que esto significa. La ciencia llevaría varios siglos de retraso.

Tal como sucedieron las cosas vistas en su conjunto, durante el transcurso de estos siglos, los enemigos de la libertad retardaron el progreso de la humanidad de forma considerable, aunque no pudieron pararlo del todo. Luis VIVES murió en el exilio; SÓCRATES y SÉNECA fueron obligados a quitarse la vida; SPINOZA fue excomunicado por los rabinos, lo que probaría que la opresión no conoce religiones. SAVONAROLA, JUANA DE ARCO, SERVETTO y tantos otros fueron quemados vivos. En España, más recientemente, JOVELLANOS, CASTELAR, UNAMUNO, para no alargar la lista, conocieron la prisión y el exilio. (Como es sabido, Giordano BRUNO, quemado vivo en Roma el año 1600, es corrientemente citado como el ejemplo más conspicuo del sacrificio de una vida en el altar de la libertad espiritual. No es un caso que me atraiga especialmente, pues me parece más hombre inclinado a una postura excesivamente negativa de oposición sistemática a la ortodoxia—lo que no deja de ser interesante—que a la entrega a un ideal positivo.)

La actividad de la reacción y del abuso del poder a lo largo de la historia, realmente espanta. Es triste y aleccionador seguir el proceso instruido a la *Pucelle* por los Doctores de la Universidad de París. Leyéndolo, queda claro que en materia de hipocresía, de ignorancia y de servilismo, nuestro propio *Establishment* no ha inventado nada.

¿Dónde estaríamos, pues, nosotros, si la libertad de pensamiento hubiese podido ser realmente ahogada? ¿En plena Edad Media? ¿Deambulando hambrientos y helados por las cavernas prehistóricas? ¿Antes aún? Si hemos progresado a pesar de todo ha sido porque la libertad se ha filtrado por las rendijas que los siglos más oscuros y tenebrosos no han sabido tapar enteramente. Si, a pesar de los pesares, estamos donde estamos, ha sido porque a la penumbra de las hogueras de los autos de fe o de las antorchas humanas que encendían los emperadores romanos con los cuerpos de los primeros cristianos, unos hombres excepcionales no han renunciado a ser libres a ningún precio y con el corazón atento al aldabonazo que podía anunciar la prisión o la muerte, han seguido pensando y han escrito; han creado y han comunicado. Y con esto, claro está, han puesto en peligro la existencia misma del poder establecido que toma la vida de quien sea, para seguir en el uso y el abuso del poder. De este poder que a nada teme más, que al hombre que piensa, es decir, al hombre libre. Por esto todos los sistemas reaccionarios han perseguido sobre todo a los intelectuales, condenando a muerte a la inteligencia. La muerte de la inteligencia innovadora es la muerte de la libertad. De la libertad de todos menos del que manda, que la conserva íntegra sin ley y sin traba. Pero, gracias a que ha habido quien ha estado dispuesto a morir en defensa de la inteligencia, que es libertad, está la humanidad donde está en la vía del progreso.

Ahora bien, el siglo XIX con la burguesía al frente, ha presenciado cómo las rendijas por donde se venía colando mal que bien la libertad desde siempre, se abrían más que en ningún otro momento. El resultado ha sido que el progreso científico, cultural y económico del hombre en los últimos

años es muchas veces superior al que se había obtenido en los millones de años anteriores.

Ulises llega al final del mundo conocido y cuando sus compañeros vacilan antes de cruzar las bocas de Hércules, les dice en versión de José M.<sup>a</sup> de SAGARRA:

si bé... als sentits la senectud s'ajunta  
per un ai no em negueu l'experiment  
i anem al món ahont cap vivent no apunta.

Sigamos, pues, jóvenes y viejos — éste es el exhorto homérico — la experiencia hasta el fin del mundo conocido y del conocimiento.

Esta inquietud espiritual, esta curiosidad intelectual han de poder ser ejercidas por el hombre siguiendo su propia inclinación si ha de sentirse íntimamente satisfecho. Pero son también estas ansias de ver mundos nuevos las que llevan a la especie adelante. Esta angustia del alma sólo puede satisfacerla la libertad. Creo que fue Benedetto Croce quien definió la historia de la humanidad como la historia de la libertad humana. Si queremos que la especie continúe, nuestro primer cuidado debe ser para la libertad.

Siempre me inquieta pecar de grandilocuencia. Sin embargo, la libertad no admite otra cosa. O es una palabra huera, escudo de todas las hipocresías, o es una cuestión de vida o muerte para todos. En relación con el tema más circunscrito, pero absolutamente nuclear de los Centros de Estudio, el grado de libertad — de libertad de cátedra — permitida es decisivo. Sea quien sea el mecenas no puede olvidarse de esto, so pena de crear un monstruo con el que tirar el dinero y, al final, la dignidad. En técnica administrativa y para abreviar mucho, los centros de estudio e investigación requieren ante todo, por encima de todo: autonomía. Autonomía quiere decir ausencia de ingerencia por parte de un poder superior. Autonomía quiere decir concretamente que el que paga no manda. Sé que esto le queda más fácil de decir al que cobra que al que paga. Aun así, creo que estoy acertado al insistir como lo hago sobre esta cuestión.

Es necesario aquí olvidarse de los intereses inmediatos para salvaguardar los que rigen a largo plazo. O mucho me equivoco o la admonición de CARLYLE a los industriales de su tiempo — que yo extendería también a la oligarquía burocrática, pública y privada, del nuestro — viene muy a cuento. "Los cheques — decía — y las cuentas de pérdidas y ganancias nunca han sido los mejores embajadores cerca de los hombres. El amor de los hombres no se puede comprar con efectivo y sin amar el hombre no puede convivir". Y conste que nadie podrá acusar a CARLYLE de demócrata:

Hay que financiar, pues, la actividad universitaria. Hay que hacerlo sin regateos y sin pedir cuentas intelectuales.

## III

*A los jóvenes*

Todo lo que hace el hombre tiene a la vista el futuro. El futuro son los jóvenes. Sobre esto no hay duda. Si el futuro lo es todo o casi todo y los jóvenes son futuro, nadie y menos un Centro de Estudios puede ignorarlos alegremente. Porque todo Centro de Estudio o trabajo intelectual tiene como principal protagonista a los jóvenes. Ahora bien, nuestra época ha planteado la discrepancia entre generaciones con más claridad que otras y éste es un punto neurálgico.

A la gente se la juzga por su conducta y por sus programas. La mayor parte de los que se preocupan por estos problemas están de acuerdo en que los programas de los jóvenes son más vagos e imprecisos que sus críticas del sistema imperante. Esto ocurre con todas las revoluciones y no hay que olvidar que los jóvenes constituyen hoy una fuerza revolucionaria. Las grandes revoluciones que han triunfado tenían mucho más elaborada una teoría crítica de la situación que combatían que el programa de gobierno de su triunfo, que las circunstancias, más que muchas otras cosas, se encargaron de perfilar. Éste fue el caso de las revoluciones francesa y rusa. Si por este lado de los programas formalizados es difícil pasar a juicio crítico, la norma general que puede deducirse de la conducta de nuestros jóvenes tampoco es fácil de identificar. Una revista norteamericana, refiriéndose a una grande y reciente concentración de jóvenes en Estados Unidos, dijo que pedían drogas, sexo y libertad. No creo que estas tres cosas estén en una misma categoría. Por lo menos la última. Supongo que ciertas drogas, las benignas, no son peores en sus efectos que el alcohol, aceptado sin reservas por la sociedad desde que Dionisio convertido en Baco fue admitido por los oligarcas del Olimpo. Me duele muy de veras, por otra parte, saberme sin conocimiento bastante para poder pronunciarme con autoridad sobre las eventuales ventajas de la promiscuidad sexual frente a la monogamia o, a lo más, la modesta bigamia, que ha sido el lote de la mayor parte de la burguesía hasta ahora.

Lo cierto es que estos dos elementos, junto con la inevitable retórica típica de toda situación romántica como son siempre las revoluciones, hace aparecer a los jóvenes de hoy con un carácter peyorativo que los antagoniza más de lo necesario con algunos de los que no son tan jóvenes. El ansia legítima de libertad que es el elemento clave y al que volveremos a referirnos después, no alcanza a desvirtuar este estado de cosas.

1. *La violencia estudiantil: Eros y las drogas hace mil años ya existían.* Me parece que lo más característico de la actual revuelta de los jóvenes es su magnitud y el número de personas que involucra. En este sentido, el problema se ha "masificado" como por lo demás ocurre con casi todos los problemas sociales de nuestro tiempo. Cualitativamente, en cambio, no creo que la postura iconoclasta y la posición heterodoxa de la juventud de hoy sean tan nuevas. Son nuevos los eslóganes pero no tanto las posturas.

Me parece ilustrativo que nos remontemos un poco en el tiempo para tratar de probar que casi nada de lo malo que se imputa a los jóvenes de hoy es nuevo ni extraordinario cuando se compara con lo que sucedía en otros tiempos. Para ello es preciso hacer un poco de historia universitaria. No sólo porque es alrededor de las universidades donde los jóvenes se concentran, se comunican y pueden expresarse colectivamente, sino porque son los jóvenes universitarios y no los jóvenes en general los que integran un fermento revolucionario.

Como tantas otras cosas, la Universidad nace y encuentra su nombre en la Edad Media (1100). HASKINS, basado en la poesía estudiantil de la época, la poesía goliárdica, nos describe muchas de las actividades de los jóvenes de ese período. Eran grupos de estudiantes, y estudiantes casi permanentes e itinerantes, que se movían de ciudad universitaria en ciudad universitaria en busca de conocimientos y, sobre todo, de diversión. "Lejos de sus casas, sin responsabilidades, ligeros de bolsa y alegres de corazón, despreocupados y ansiosos de placer llevaban una vida libre y de descrédito". Un monje de la época se queja de que "derivan por todo el mundo y visitan todas las ciudades, hasta que el demasiado saber les vuelve locos; en París buscan artes liberales; en Orleáns, los clásicos; en Salerno, medicina; en Toledo, magia y en ninguna parte moral ni buenas maneras". Uno de los poemas más conocidos de este tipo y tiempo es un elogio de la taberna y del vino en el que el protagonista afirma que morir en la taberna es su resolución. Orgullosos de su desprecio por las cosas materiales, los estudiantes de entonces atacaban las instituciones con sátiras agudas y crueles. No se respetaban los sacramentos y una de las piezas más irrespetuosas se titulaba significativamente "El Evangelio según San Marcos... de plata". Ni el papado, ni los dignatarios civiles más encumbrados escapaban a su burla. El vino y Eros eran lo único que había que tomar en serio. La violencia sobre las cosas y las personas era práctica frecuente. El carácter de esta poesía y de la actividad que representa eran tan contrarios al regulado espíritu de la Edad Media que su contenido revolucionario se ha querido adscribir a un anticipo del espíritu renacentista. Dos diferencias de matiz separaban al estudiante medieval de un cuadro esquemático que podría hacerse de las circunstancias actuales. Los estudiantes iconoclastas de los primeros años de la Universidad eran menos ricos que los actuales. En segundo lugar, aunque vivían libremente y despreciaban la autoridad, no reclamaban la libertad como base de un sistema de vida de general aplicación. O mejor, tal vez no creían posible el triunfo de sus reivindicaciones como tal vez a lo mejor se lo parezca a los jóvenes de hoy. Llevaban una vida propia de un estado de excepción que sólo era posible si el resto de la comunidad se mantenía organizado. Por lo demás, creo que aparecían a los ojos de los elementos llamados serios de la sociedad de su tiempo de una manera muy parecida a como los estudiantes de hoy son juzgados por nuestras clases gobernantes.

Si nos acercamos a la escena española, ya entrada la Edad Moderna, veremos como las cosas no difieren mucho. Esta clase de estudiantes, intelectuales, clérigos y demás jóvenes de la época está obsesivamente definida

en la novela picaresca española de los siglos xvii y xviii. Poca diferencia hay a este respecto entre el dómine Zancas Largas del *Fray Gerundio de Campazas* y el Licenciado Cabra del *Buscón*. Ya en el "Fray Blas" (libro IV, cap. III, pár. 13) los frailes — supuestos intelectuales — bailan alguna "jotita honesta" con unas monjitas. El estudiante gorrón del Licenciado Vidriera no es distinto de otros estudiantes hambrientos, borrachos y ladrones de nuestra literatura que de algún modo siguieron el ejemplo de Guzmán de Alfarache, modelo de atorrantes. Más adelante nos ocuparemos de la escolaridad que recibía la juventud española para poder imputar responsabilidades. De momento, basta con que quede claro que los excesos de la juventud no estaban ausentes ni de nuestro país desde siglos atrás, ni fueron en ningún momento exclusiva española, ni tampoco acabaron con el siglo xviii. Fuera de España, me parece que es la universidad de Harvard la que bastante entrado el siglo xix tiene que pedir protección a la fuerza pública contra el furor destructivo de la masa estudiantil. BYRON, por su parte, se queja, en una carta escrita en su época de estudiante, de que la universidad y villa de Cambridge son un "caos villano de ruido y embriaguez, sin más que juego y borgoña, caza, matemáticas..., desenfreno y carreras de caballos".

En lo peyorativo, pues, nada de lo que haga nuestra juventud de hoy empeorará lo que ya tiene hecho en el curso de los siglos. Y no sólo no se ha parado el progreso de la humanidad, sino que las Universidades han sido en general un agente activo del mismo. Con esto quiero significar que los viejos no aprueban muchas de las cosas que hacen los estudiantes de hoy, pero que aquéllas ni debieran sorprenderles ni debieran asustarles demasiado. Simplemente, debieran inquietarles algo.

2. *Los jóvenes están obligados a ser contestatarios.* En cambio, me parece que en lo que tiene de disconforme la juventud actual está en lo cierto. En reclamar libertad a ultranza creo que la juventud está y estará siempre en lo cierto. Un hombre para ser un hombre de verdad, sobre todo si es joven, debe estar en desacuerdo. Para Ralph Waldo EMERSON, un aristócrata escribiendo en el corazón de la Nueva Inglaterra hace más de cien años, el que quiere ser un hombre ha de ser un disconforme, un contestatario como diríamos hoy. Aunque irritado con esta inconformidad el mundo "pegue". No hay que olvidar que engreída en su pseudocultura y en defensa de sus estructuras la sociedad está en todas partes "contra la virilidad de cada uno de sus miembros". No hay que olvidar nunca que el hombre genuino, el hombre auténtico, el único que cuenta, no pierde nunca la confianza en sí mismo y como norma inalterable de conducta dice la verdad, piensa la verdad y vive la verdad. Por eso hace falta la libertad. Esto no lo puede hacer más que un iconoclasta, un desmitificador y, sobre todo, un hombre valiente. O es que tal como versificaba QUEVEDO: ¿No ha de haber un espíritu valiente?, ¿nunca se ha de decir lo que se siente? Porque, del mismo modo, la juventud si es auténtica y genuina, debe ser lo que es con todo el valor del caso. La espontaneidad, el entusiasmo, la entrega son aquí valores decisivos. Esta entrega obligada y determinante,

en ser y alma a la tarea, a la idea, a la convicción, me lleva a recordar algunas frases de NIETZSCHE (*Zarathustra*) y conste que este teutón, fuente de inspiración para el nacional-socialismo, no es santo de mi devoción. Pero uno no puede menos que simpatizar con él cuando proclama que siempre ha escrito sus obras con todo su "cuerpo y alma". No sé—dice—lo que es un problema exclusivamente intelectual. También, para él, es totalmente decisivo el que un pensador "se identifique personalmente con sus problemas al extremo de vincular a ellos su propio destino, sus necesidades todas y su felicidad". Si así es como nuestras generaciones jóvenes enfocan sus dudas espirituales nadie puede negarles un total respeto.

Cuanto más simpática posición es ésta, en efecto, que la de los cautelosos hipócritas que atienden a las conveniencias que pueden derivárseles del cultivo de los poderosos. Porque, aunque parezca lo contrario, más que el enfrentamiento, la impertinencia y la imprudencia, el defecto por excelencia entre la juventud de todos los tiempos sigue siendo la cautela excesiva. Sobre esta apreciación pesimista estarán de acuerdo muchos de los que tratan profesionalmente a los jóvenes de hoy. El camarada del joven Henry Esmond, tal como lo describe THACKERAY "nunca abandonaba un compañero siempre que éste fuese amigo de gente importante. Ello no era producto deliberado de maquinaciones de su parte, sino de una inclinación natural a los grandes. No era hipocresía su adulación, sino la disposición de su espíritu que era siempre simpática, servicial y ante todo servil". Porque los conformes con todo, los mansos a todas horas, tienden indefectiblemente a seguir en la vida, según ya observaba MILTON (*Of Education*), hace más de trescientos años, y no veo que las cosas hayan cambiado lo bastante desde entonces, "los unos, una divinidad mercenaria y ambiciosa de dogmática ignorancia (la carrera eclesiástica); otros, el ejercicio del derecho, pero basando su vocación más que en la prudente y sobrenatural contemplación de la equidad y de la justicia, en agradables vistas de manejos forenses, prósperos litigios y sustanciosos honorarios. Por fin, otros se inclinan a los asuntos de Estado con el alma tan mal preparada para la generosidad y tan horra de virtudes que la adulación, las trapisondas palatinas, los aforismos del tirano, forman sus corazones en una esclavitud consciente que llega a constituir para ellos una segunda naturaleza..." Si ésta ha de ser la alternativa a la rebeldía de los jóvenes de hoy, enhorabuena la contestación.

O sea, que los jóvenes deben discrepar y deben exigir libertad para poder discrepar. Pero cuidado con la verdad, con la sinceridad, con la autenticidad. La autenticidad es la virtud, la única tal vez, que tenemos derecho a exigir y que pensamos exigir en todo momento a los jóvenes.

3. *No más sabios oficiales: Los viejos también deben ser sinceros.* Si partimos de estas premisas de llaneza y verdad no creo que ningún centro de estudio pueda ofrecer signos externos de sabiduría, y sí sólo el estudio y conocimiento mismos. El espíritu formalista de las Academias debe ser evitado. A mediados del siglo pasado, Miguel FARADAY se negó sistemáticamente a ocupar la presidencia de la *Royal Society*. El reciente gesto de

SARTRE declinando el Nobel no es, pues, nuevo ni exclusivo de los intelectuales de izquierda. Las Academias pueden constituirse en fuentes de mitificación, en baluartes de prestigios artificiales que salgan al paso de auténticos valores. La mejor de ellas, la *Académie Française*, le puso obstáculos a CORNEILLE y las estériles peleas de sus miembros, según resultan de los epigramas de PIRON, las Memorias de MARMONT y las Cartas de MONTESQUIEU confirman cualquier duda sobre la procedencia de mantener una clase institucionalizada de genios oficiales (T. B. MACAULEY). Demasiado frecuentemente las Academias son un ejercicio en hipocresía, grato a los viejos.

Lo mismo puede decirse de los grandilocuentes diplomas, títulos y demás adornos de una sociedad establecida que pasó o está pasando a mejor vida. Son como baluartes protectores de derechos adquiridos por los mayores. Estos signos externos que obedecen muchas veces a una total falta de sinceridad, no pueden ser de recibo en nuestros días. Máxime cuando ya no significaban nada serio hace casi dos siglos. Véase, si no, el concepto que merecía a Juan Pablo FORNER (*Exequias de la Lengua Castellana*) la preparación académica de Pablo IGNOCAUSTO según su documentación. "Los estudios de este gran hombre fueron muy propios de la categoría de un licenciado ambicioso, que abroquelado en un tremendo titulón de pergamino, escrito en un latín macarrónico y de botica, se servía de él para pasar por sabio entre idiotas..."

Para terminar con algo que se va alargando demasiado, cerremos con un propósito, uno solo, pero estricto: seamos sinceros, seamos auténticos. Seámoslo los jóvenes y los viejos. Sobre lo demás hablaremos y ya veremos.

4. *Libertad ¿para qué?* Y aquí es preciso un inciso. Hasta ahora he hablado de la actitud de los jóvenes ante el poder y la ortodoxia y he afirmado que más que un derecho tienen la obligación a la protesta y al ejercicio activo de la libertad. No he puesto más que la condición de autenticidad en la postura.

De todas maneras algo hay que decir del uso que se hace de esta libertad. En ningún caso la protesta y la libertad están en juego, pero el destino que se dé a la primera y el uso que se haga de la segunda son opinables. Ya he dicho que es muy difícil juzgar los movimientos estudiantiles por sus programas porque, en lo que yo he podido ver por lo menos, carecen de suficiente coherencia. Cuando esos programas existan, tal vez entonces podamos comentar aquellas cosas que no deben hacerse. Algunas me parece que deben, *ad cautelam*, explicarse desde ahora.

A mi juicio, los jóvenes no deben usar la libertad para destruir la libertad. La coacción y la violencia no son lícitas pero pueden ser útiles para combatir la fuerza y el abuso del poder. En ningún caso pueden justificarse para mantener unas ideas determinadas. Ello equivale a degollar de nuevo la libertad, creando un nuevo *Establishment*, con nuevos postulados tal vez, pero con las mismas opresivas esencias. No olviden los jóvenes la afirmación de KAFKA de que todas las revoluciones mueren en manos de las nuevas burocracias.

De menos entidad conceptual, pero de mucha importancia práctica, me parecen otras cuestiones. Por ejemplo, el trabajo organizado base de toda alienación se justifica en criterios de rendimiento que exige una economía de escasez. Por eso la organización, incluso la del Estado totalitario, tiene en la base una preocupación colectiva. El anarquismo se asienta sobre una base totalmente individualista que puede caer fácilmente en un egoísmo de tipo romántico. Lo importante es que la base anárquica sólo se podría plantear de forma responsable en una economía de abundancia. Porque lo que no puede admitirse es que unos vivan según el código ácrata y de liberación postfreudiana y los demás sigan en el trabajo organizado. Esto equivaldría a que la mayoría primaria a una élite y esta figura es harto conocida en la historia del mundo. ¿Están seguros entonces los universitarios de los países ricos de que el mecanismo económico está bastante avanzado para permitir el trabajo *no* alienado — o sea, no trabajar — para todos? ¿Para todos en sus países y para todos en el mundo, incluso en los rincones más subdesarrollados?

¿Estamos seguros de que nuestra postura juvenil no pretende sobre todo rehuir el trabajo? Especialmente en un país como el nuestro en que siempre se han preferido los “trabajos” heroicos como los de los conquistadores (Américo CASTRO) al “trabajo” anónimo de cada día. *L'imagination au pouvoir* (París, mayo 1968), bien, ¿pero no será que la imaginación, como la inspiración poética, se consideran un obsequio de la naturaleza que no requiere esfuerzo? ¿Qué diferencia ética habría entre este regalo de la Providencia y la herencia del padre rico?

¿El goce del ocio mismo es posible sin organización? Otra clase de organización, ciertamente, pero una organización al fin y al cabo parece ineludible.

Éstas y otras muchas, son preguntas que pueden dirigirse a la juventud estudiosa, sin poner en juego su obligación a la heterodoxia.

#### IV

##### Los docentes

Hoy por hoy todos los Centros de Estudio se mueven con recursos insuficientes en relación con las necesidades. Ello obliga a pensar en su más eficaz utilización. En principio esto se obtiene “organizando”, o sea coordinando y concentrando esfuerzos y recursos más que permitiendo su dispersión. Con este mismo objeto, a la vez que se permiten todas las iniciativas científicas, se evitará el autodidactismo con miras a abreviar los procesos. Todo esto obliga a una programación de las necesidades con la correspondiente asignación de recursos y a la puesta en marcha, elaboración y culminación de los trabajos. En fin de cuentas, la figura de unas cabezas orientadoras se hace imprescindible si hay que mantener una mínima eficacia. A este grupo van dirigidas las siguientes consideraciones.

1. *Ante todo humildad.* Si no hemos progresado más, si no sabemos más cosas, es porque nuestros esfuerzos, los de la gente formada, no han dado más fruto. Si los jóvenes no son ni mejores ni más competentes es culpa del personal docente. Gente tan dispar como MILTON, EMERSON, ROUSSEAU (en *Emile*) o JOVELLANOS coinciden en que el hombre (intelectual) es lo que es porque la formación que ha recibido es mala. Estirando un poco el argumento de san AGUSTÍN (*De Magistro*) por el que el maestro sólo sirve para despertar la verdad que Dios ya ha implantado en nosotros puede afirmarse la "inocencia" esencial de los jóvenes. Sabemos que ROUSSEAU creía que la educación debía ser negativa. O sea que bastaba mantener al estudiante ocupado para impedir los giros viciosos que pudieran presentarse, dejando que la naturaleza siguiera su curso benéfico. De partida, el hombre está abierto a todas las cualidades y, por tanto, no tiene sentido, además de ser injusto, atribuir responsabilidades a los jóvenes por su modo de ser. Hay que buscarlas en los padres, en los maestros y en los políticos. Por lo tanto debemos aceptar la culpa — y no es poca cosa — de los resultados que una educación deficiente haya producido. Pensemos también, que siquiera esta educación rudimentaria, que, sin embargo, tiene la ventaja de reconocer la necesidad de la misma, es necesaria y no ha sido conseguida fácilmente. En nuestro país, JOVELLANOS, no hace tanto tiempo (*Memoria sobre educación pública*) se cree en el caso de tener que justificar los beneficios de la educación y la enseñanza frente a los que "so pretexto de amor al género humano y de conservar a sus individuos la integridad de sus derechos naturales" quieren privarles de su formación espiritual. Los peligros de una "excesiva" educación son vistos en nuestro país por mucha gente hasta nuestros días y por ello debemos recordar que la enseñanza es vital pero tiene que librar una batalla diaria que no puede ganar más que por sus propios méritos. Tampoco esta situación debe desmoralizarnos en demasía ya que no es peculiar de nuestro país, por lo menos en otros momentos de la evolución histórica del problema. Es además cierto, como explica BACON (*The advancement of learning*), que si bien el estudio ha sido atacado tácita y explícitamente, lo ha sido siempre por la ignorancia: ignorancia disfrazada de celo religioso, ignorancia revestida de la arrogancia y severidad de los políticos y a veces ignorancia derivada de los errores e imperfecciones de los científicos mismos. En esto veo yo, paradójicamente, uno de los peligros más grandes para los que forman a la juventud. La lucha por la formación intelectual de los españoles ha sido tan sostenida y dura; los enemigos de la misma — ¿por fin vencidos? — han demostrado siempre tal falta de categoría espiritual, que los docentes tienden a la seguridad en sí mismos, al engreimiento, al dogmatismo, a la complacencia y en resumidas cuentas a la incompetencia.

Uno se escandaliza al pensar hasta dónde se ha podido hundir la educación pública y privada en nuestro país en determinados momentos de su historia. En calidad de testigos presenciales puede citarse a este respecto lo que cuentan algunos de nuestros autores. Por ejemplo, ISLA, en obra que ya hemos citado, describe los fallos del incompetentísimo Fray Toribio, profesor de filosofía de Fray Gerundio, allá por la sexta década del si-

glo XVIII, de los que su tarea docente no puede obtener más que el deplorable fraile que protagoniza el relato. Pero, ¿qué decir del increíble y vanidoso Dr. Teopampo, de FEIJOO, espejo de todas las decadencias y tropiezos intelectuales del país?

Pero eso sí, como siempre entre nosotros, la incompetencia en el fondo se suple con la exhuberancia en la forma. Exámenes rigurosísimos (Paul VALÉRY hace una referencia a los exámenes que me parece graciosa y certera. Dice: "... *les examens sont les seules occasions qui soient offertes de savoir pendant quelques jours, quelque chose...*"), ingresos limitados, duración interminable de los estudios, barrocos diplomas y aparatosas oposiciones, a los que ya me he referido. (Un breve inciso. Las oposiciones y la cátedra vitalicia son un tema demasiado discutido para que tenga sentido terciar con una nota. Sin embargo, quiero recordar que el carácter vitalicio (*tenure* que dicen los anglosajones) es la única garantía que se conoce para la libertad de cátedra, siempre en peligro, y que ha costado muchos siglos de obtener en los pocos países donde realmente se ha alcanzado. El problema está en la forma de acceso a esta estabilidad y libertad. Debe llegarse a ella después de muchos años de docencia y de publicaciones. Lo que no puede ser es que se llegue a una situación de por vida a los 21 años, después de unos días en que se superan, con más o menos suerte, o con más o menos vinculaciones adecuadas, unos ejercicios más o menos artificiosos. En el origen de las universidades europeas los alumnos se asociaron o agremiaron para defenderse de los abusos de los mercaderes de París, Bolonia, Salerno, etc., que querían imponer precios abusivos. Así reunidos los alumnos contrataban también con los profesores y les imponían sus condiciones basados en que pagaban directamente para ello. Por ejemplo, los docentes no se podían ausentar ni un solo día. El que no tenía por lo menos cinco alumnos era multado. Estaban todos obligados a dar el programa completo sin que pudiera permanecerse demasiado tiempo dando vueltas con introducciones, etc.) (HASKINS, *op. cit.*)

Pero volvamos al barroquismo de nuestra fachada universitaria. Es lícito preguntarse ¿y todo eso para qué? Para aprender no será, pues, tal como se lamenta el propio ISLA después de examinar los absurdos pedagógicos contenidos en la escuela de Villaornate, "Cinco años, cuatro meses, veinte días, tres horas y siete minutos gastó nuestro Gerundio en aprender éstas y otras impertinencias de la misma estofa". Supongo que las cosas habrán variado — aunque no estoy tan seguro — y que los actuales docentes españoles no tengamos nada que ver con los famélicos licenciados y los mugrientos maestros de nuestra fachada picaresca. Me temo que nadie negará, sin embargo, que la huera fachada de nuestras instituciones y el monopolismo profesional siguen estando al orden del día en los centros de enseñanza superior en España. Lo cierto es que la calidad de la formación que se imparta está en la base de todo y es preciso que se tenga conciencia generalizada de ello. Pero ¿sabemos hoy lo que queremos enseñar, lo que necesita la sociedad tecnológica? Éste es un tema básico para otro día. Concluyamos, pues, insistiendo en lo que parece que todos sabemos, sin que por lo visto acertemos a ponerle remedio. A saber: nuestras fórmulas de formación e

información son malas; estas deficiencias tienen graves consecuencias negativas para la juventud y de todos los fallos de este estado de cosas debemos responder casi exclusivamente las generaciones anteriores. Esto, admitido sin reservas por los docentes, se habrá dado un buen paso adelante.

2. *El conocimiento por autoridad debe ser proscrito.* Asegurado un acto previo de contrición, el segundo paso no me parece tan difícil. Ahora me preocupa el dogmatismo como segunda zona de peligro. No es cosa de que entremos aquí con detalle en cómo hay que proceder, o sea en la metodología o la didáctica educativa, porque ello nos llevaría demasiado lejos. Hay que distinguir entre la filosofía de la educación y la instrucción. La primera sienta los principios y la segunda se aplica a enseñar. Aquella influye sobre ésta. Y ésta, aunque más circunscrita, ilustra el alcance de aquélla. (Algunas cuestiones muy debatidas como la competencia entre ciencias y letras por los favores del estudioso y que Lord SNOW ha popularizado hace pocos años con su conferencia "Las dos culturas" tiene curiosos antecedentes. JOVELLANOS, por ejemplo, ya aboga en 1797 por la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias (oración pronunciada en el Instituto Asturiano). Pero más interesante aún es la cuestión tal como la suscita Herbert SPENCER en *Essays on Education*, que fueron escritos entre 1854 y 1859, en los que se lee algo tan actual como esto: "*for discipline as well as guidance, science is os chieftest value. In all its effects, learning the meaning of things is better than learning the meaning of words*". Por supuesto que sobre esto y sobre la tesis de Lord SNOW se ha dicho ya mucho y queda todavía mucho por decir. Véase también T. H. HUXLEY y J. DEWEY a este respecto.)

Como punto de partida en materia de instrucción recordemos que a fines del siglo pasado la enseñanza era: 1, autoritaria; 2, explicativa o sea basada en la oración del maestro y en los textos y 3, el maestro era insustituible. Ante la imposibilidad de hacer una referencia exhaustiva a todas estas cuestiones, basta decir lo que ya afirmaba SPENCER hace unos 120 años (*Essays on Education*), o sea que el laboratorio más que la conferencia, la comprensión más que la memoria y los libros, el ejemplo más que la autoridad, se acepta de manera general por los medios intelectuales modernos. Estas técnicas de estudio deben situarse en el ámbito que deseaba Thomas Henry HUXLEY (*A liberal Education*) de interés y de identificación con la naturaleza y sus leyes. La adición de un espíritu de raciocinio crítico apriorístico y de aplicación general del método científico a los problemas según propugnaba John DEWEY nos llevaría, con buenas dosis de las variables (el mundo de lo irracional) introducidas por FREUD, al planteamiento educacional contemporáneo. Suponiendo que éste exista definitivamente formulado. Pero, como digo, eso es tema para un libro aparte. Lo único a retener es que estamos en terreno movedizo a todos los niveles y que nada está asegurado. Pues bien, entre lo que el futuro no salvará quiero destacar aquí con insistencia, algo no debatible, que es absolutamente preciso evitar. Me refiero al dogmatismo y a la autoridad en la inculcación del conocimiento. A este respecto me parece que JASPERS pone las cosas en su sitio

cuando afirma que lo importante es, al pensar, no encontrar la verdad nunca, sino poseer "ese gran aliento con el que seguimos preguntando". Recordemos de nuevo a NIETZSCHE para el que pensar es el proceso evolutivo del ser y para el que, por tanto, el pensamiento no puede completarse nunca ni ser dogma. No cabe la propia complacencia ni siquiera cuando ésta estuviera justificada en un tema y en un momento de la historia. Ello, porque, tal como afirma con calor EMERSON, "El pensamiento es revelación, siempre un milagro, que ningún estudio incesante puede hacer familiar, y que dejará siempre al interesado estupefacto de admiración". Ni siquiera el pensador importante tiene derecho a envanecerse. Su pensamiento es más que él. Obsérvese que el dogmatismo, que aparece cuando falta la curiosidad intelectual y la adaptabilidad mental a lo nuevo, es caducidad cerebral y por tanto no es exclusiva ni de derechas ni de izquierdas, ni de jóvenes ni de viejos (aunque biológicamente es más fácil que se presente entre éstos). Una idea conservadora del *status quo* puede no ser dogmática si el espíritu con que se promulga no lo es. En cambio, posturas llamadas de progreso pueden invocarse casi como dogmas religiosos, tal como le ocurrió al cristianismo con la burocracia romana y al marxismo con la burocracia moscovita. Si el proceso intelectual está abierto más debe estarlo la metodología pedagógica. La capacidad de preguntar y de replantearlo todo nos dará, pues, la llave de este tema. Mientras se mantenga vamos bien.

3. *La educación es una empresa colectiva.* Un poco más humildes — es- pero — pasamos por un momento al método en su sentido más amplio. Suponiendo que seamos modestos y curiosos, ¿cómo transmitir estas cualidades básicas a los jóvenes? Yo creo que tanto la investigación como la educación resultan de un clima adecuado, de un caldo de cultivo apropiado, más que de cualquier técnica de comunicación externa previamente sistematizada. El clima adecuado, por su parte, resulta de una mezcla de contactos intelectuales, de una buena dosis de ejemplo recíproco, de una conciencia clara de los objetivos a alcanzar y de una seguridad de que nada es seriamente posible sin una total libertad académica. El lector habrá comprendido que me refiero a la convivencia espiritual. Creo que es oportuno empezar esta argumentación recordando que una de las obras básicas de la filosofía del renacimiento, el *Essay on human understanding* (J. LOCKE) nació y creció de las discusiones mantenidas en un club formado por un reducido grupo de amigos del autor. Este clima propicio a la aventura intelectual difícilmente se obtiene sin la convivencia física y el estímulo recíproco que ésta proporciona. Las grandes universidades del mundo exigen la residencia de alumnos y maestros porque ello facilita la convivencia. En uno de sus ensayos, BACON describe claramente las ventajas de esta fórmula. A su juicio, el hombre actúa por costumbres. Por tanto, la lógica exige procurarle y crearle costumbres buenas. Las costumbres que adquieren los jóvenes se llama educación. Dicho de otra manera, la educación es una costumbre temprana. A su vez, la costumbre colegiada es una de las más fuertes y duraderas porque "el ejemplo enseña, la compañía conforta, la emulación estimula, la gloria ensalza". En consecuencia, todo centro de

trabajo intelectual debe procurar en mayor o menor grado esta actividad conjuntada. Conjuntada para que los docentes se influyan entre sí y lo mismo hagan los discentes y, sobre todo, los primeros y los segundos se influyan recíprocamente: o sea, en las dos direcciones. Ninguna relación bilateral docente-discente será capaz de suplir la vida común. La cooperación entre muchos se demuestra una vez más imprescindible.

Así sea de refilón, creo que debemos decir aquí que la Universidad debe también actuar externamente. En efecto, debe influir sobre, y dejarse influir por la sociedad en que opera. La Universidad debe convivir con la sociedad y ser permeable en todas direcciones. La institución introvertida quedaría estéril.

4. *¿Educar para qué y para quién?* Hasta aquí hemos descrito la disposición moral que se necesita para el estudio y hemos dicho que era la humildad; la actitud mental apropiada, a su vez, es el antidogmatismo y la curiosidad intelectual; el método es el trabajo en común. Falta ahora saber lo que con estos elementos pretendemos alcanzar. Una idea clara de lo que se busca es siempre conducente a resultados positivos. Todo centro de estudio tiene unos objetivos inmediatos bien conocidos y definidos. Sobre éstos, que obedecen a una casuística muy varia, no he de pronunciarme. Pero, hay un objetivo subyacente en toda actividad intelectual formativa o simplemente que tenga que ver con los jóvenes, que me parece primordial. *¿Queremos formar qué y para qué? ¿Queremos estadísticos y dentistas?* Tal vez. Antes que nada, empero, yo creo que lo que queremos es preparar caracteres para obtener hombres. Pero no hombres preconfigurados para una tarea querida por otros. En esto discrepo del chauvinismo y de la xenofobia del ROUSSEAU de *Notas para el gobierno de Polonia* — a 180º del ROUSSEAU abierto y liberal del *Emile* — que quería obtener “nacionalistas”. No queremos hombres según el concepto que de ellos tenga una sociedad determinada, sino hombres que potencien sus posibilidades personales utilizadas según su auténtica personalidad y genuina inclinación. Pierre CHODERLOS DE LACLOS (*L'éducation des femmes*) afirma que el hombre es un ser libre y poderoso: libre en tanto tiene el total ejercicio de sus facultades; poderoso, en tanto que estas facultades igualan a sus necesidades. Dicho sea de paso, yo siempre he dudado de este aserto porque creo que uno de los más graves problemas que agobian al hombre estriba en que es capaz de imaginar planteamientos que sus facultades mentales no son capaces de resolver. De todas maneras, si de algo estoy seguro es de que debemos continuar potenciando en lo posible las facultades del hombre a través de su cultivo, educación y formación. Como por otra parte es de todas luces evidente que el hombre ha de seguir viviendo en sociedad si es que ha de subsistir, creo que podemos decir que esta causa última de nuestras actividades intelectuales está en la formación del carácter, con miras a obtener ciudadanos, entendidos éstos como hombres con una poderosa dosis de autenticidad. No sé si el orden de precedencia de los objetivos pedagógicos heredado de J. LOCKE por las grandes Universidades inglesas (honestidad, buen juicio, caballerosidad y sabiduría) es el adecuado hoy. Pero que hay que crear un

ciudadano "moderno" me parece evidente, si pensamos que indefectiblemente el hombre moderno será un hombre que vivirá en la ciudad. Máxime cuando, como muy bien observaba VALÉRY hace ya bastantes años, el mundo moderno con todo su poder no ha sabido hacerse "con una política, ni con una moral, ni con un ideal, ni con leyes civiles y penales que estén en armonía con los modos de vida que él mismo ha creado..." Por esto vale a mi juicio, ahora más que nunca, la definición que de una educación generosa hacía MILTON, como aquella que "permite al hombre desempeñar con justicia, con competencia y con magnanimidad cualquier puesto público y privado en guerra o en paz". Todo esto con el objeto de que los que se ocupen de política no resulten "de tan vacilante conciencia como muchos de nuestros grandes Consejeros han demostrado que eran". Y para obtener este resultado tanto vale la formación en letras, según opina la tradición, como en ciencias, según creen los más modernos. La clasificación de los hechos, la identificación de su secuencia y significado relativo es la función de la ciencia y el hábito de enjuiciar estos hechos sin prejuicios ni sentimientos personales, es la característica de la mentalidad científica. Pues bien, concluía PEARSON (*The Grammar of Science*), esta mentalidad es esencial al buen ciudadano —y con ello coincidía con J. DEWEY—. (Como siempre la escena española tiene que ser distinta. Es significativo por vigente el párrafo de Mariano José de LARRA en *Carta de Andrés Niporesas al Bachiller*, en la que un "ultrabatueco" decía "... porque yo y otros como yo... tenemos las cabezas mejores que para ciencias y artes... A buen seguro que mi padre y aun mi abuelo nunca supieron lo que era un libro y murieron de viejos sin dolerles una uña... y no le parezca que eran unos pelagatos porque fueron empleados (públicos) toda la vida".)

Ante la evidente necesidad de una conciencia colectiva en conexión con cambios radicales en perspectiva que el primer hombre en la luna nos tiene anunciados para pronto, el objetivo último para todo centro formativo —y con ello acudo por última vez a VALÉRY— consiste en preparar hombres que puedan afrontar creativamente *ce qui n'a jamais été*. Éste es nuestro objetivo esencial: formar hombres para un mundo inédito e imprevisible.

## V

### *Las bases de trabajo*

Si no recuerdo mal, hemos considerado útiles a la investigación y a la formación una serie de condiciones y circunstancias que sólo pueden asegurar las personas que intervienen en el proceso.

A los mecenas les hemos pedido que aseguren los prerequisites materiales de la actividad intelectual, advirtiéndole que hoy en día esto vale mucho dinero. Sobre todo, les hemos pedido que lo hagan asegurando plena autonomía a los protagonistas.

A los jóvenes les hemos dicho, entre otras cosas, que no aprobamos sus extremismos pero que con ellos ni nos escandalizan, ni nos asombran. Les hemos dicho, en cambio, que estaban *obligados* a ser radicalmente disconfor-

mes, pero les hemos prevenido contra el confucionismo, el esteticismo y el romanticismo, por tener todos estos errores su raíz en el egoísmo. Les pedimos a los jóvenes únicamente autenticidad. (Y a los viejos también.)

A los docentes les hemos pedido humildad y un total antidogmatismo. Como método hemos propuesto el ejemplo y la convivencia intelectual con el abandono de todo signo de sabiduría oficial. Y como objetivo nos hemos señalado la formación del hombre nuevo.

A todos hemos rogado un coordinado esfuerzo común (*Universitas societas magistrorum discipulorumque*) basado en la eficacia, más que en cualquier sentimentalismo.

Por encima de todo se pide a unos y otros que sean espiritualmente auténticos, que tengan una admiración y un respeto sin condiciones por la verdad. Cuando este respecto sin límites trascienda a las capas más amplias de la sociedad, la civilización será más llevadera.